

Notas para pensar el Trabajo Social desde el sur como apuesta ética¹

Gerardo Vélez Villafañe
gerardovelezv@gmail.com

0. A modo de contexto: Regreso a los lugares comunes.

El ser humano en su cotidianidad ha recurrido históricamente a diversas prácticas cognitivas frente a múltiples fenómenos existentes en el campo de lo material – simbólico para la producción de saber comprensivo – explicativo que le permita la interpretación del mundo y oriente sus actuaciones en él, atribuyéndoles sentido. De ahí que, en el marco de configuraciones sociohistóricas y culturales particulares concretas, toda acción social (individual o colectiva) y sus incidencias *políticas* en la realidad social se encuentren gnoseológicamente condicionadas con base en determinadas orientaciones suministradas por diversos órdenes del saber; por ello resulta pertinente reflexionar desde el Trabajo Social sobre el conocimiento mismo, particularmente sobre el conocimiento de lo social.

El Trabajo Social ha avanzado en la producción de conocimientos para su fundamentación teórico – metodológica y la clarificación de su identidad profesional. Han sido múltiples los esfuerzos de avanzar por esta vía, de ello dan cuenta la amplia producción bibliográfica y los diferentes encuentros estudiantiles y profesionales a propósito del lugar del Trabajo Social y su quehacer en la actualidad. Sin embargo, la cuestión de la identidad del Trabajo Social es una constante que permanece abierta bajo preguntas sobre la especificidad de sus campos de acción, de sus objetos de actuación, de sus formas particulares de intervención social, de sus roles precisos, de sus retos y de la singularidad de su saber - hacer; más aún, pese a *-o en virtud de-* su trayectoria histórica, el Trabajo Social todavía no goza plenamente de status en términos de reconocimiento social y posicionamiento disciplinar en el conjunto de las ciencias sociales.

El proceso de consolidación del Trabajo Social es todavía un tópico irresuelto que da lugar a la continuidad de una dicotomía entre el saber y el hacer, la teoría y la práctica, la disciplina y la profesión. Del lado del saber se encuentra la tensión dialéctica entre el recurso necesario a referentes teórico - metodológicos de otras disciplinas de las ciencias sociales y la necesidad de producir saber propio; en la orilla del hacer, las preguntas sobre el para qué son muchas veces dejadas de lado en función de generar respuestas eficaces a problemáticas sociales que urgen la acción profesional inmediata.

¹ Artículo publicado originalmente en En Revista Colombiana de Trabajo Social No. 24, pp 119 - 131. Conets, Colombia.

Paralelamente, la persistencia de la exclusión social (frente a los servicios y bienes básicos socialmente producidos) promovida por el capitalismo y su democratización de la pobreza- y de algunas lógicas culturales de discriminación y homogenización, aunada a otras violencias simbólicas negadoras de la alteridad y los impactos negativos en la dimensión ecológica, en un mundo cada vez más globalizado económica y culturalmente bajo la disolución de las mediaciones entre política y mercado; derivan en la intensificación, diversificación y complejización de las problemáticas sociales donde los derechos humanos son cada vez más una retórica formalizada sin vigencia real.

Se trata pues, de un doble problema con amplias dimensiones, abordado desde la subordinación y subvaloración de un quehacer profesional históricamente asumido desde el lugar de lo femenino: Consolidar - reposicionar disciplinariamente el Trabajo Social y potenciar sus posibilidades para impactar en la transformación social a través del fortalecimiento y desarrollo de sus procesos de intervención.

En razón del carácter necesariamente inconcluso de esta discusión y de su vigencia actual, no sólo resulta posible, sino también pertinente volver analíticamente a ella en perspectiva de contribuir a la creación de alternativas que permitan aproximarse resolutivamente a la cuestión social y sus manifestaciones problemáticas contemporáneas (derivadas de las dinámicas de explotación y acumulación capitalista) y al afrontamiento del interrogante sobre el Trabajo Social.

1. A propósito del Trabajo Social y la discusión epistemológica.

Los procesos de investigación y de acción profesional – disciplinar del Trabajo Social se fundamentan en la relación teoría – práctica que condiciona sus dimensiones teleológicas, metodológicas, técnicas, operativas, relacionales, así como sus alcances y limitaciones en términos de la direccionalidad y profundidad de la transformación en la totalidad o en determinados planos de realidad social. En tal sentido, toda práctica profesional del Trabajo Social, en tanto que práctica social - discursiva se encuentra atravesada por dimensiones cognitivo – pragmáticas con implicaciones ético – políticas, derivadas del estatuto epistémico de su saber – poder (hacer) particular.

En reconocimiento de este aspecto, la relación teoría – práctica y sus efectos en la acción profesional y disciplinar, en la historia del Trabajo Social latinoamericano se registran discusiones y propuestas tendientes a abordarlo como una cuestión altamente relevante en la formación profesional, la delimitación cualificada del campo disciplinar del Trabajo Social y el incremento de sus potencias de cambio social. Algunas de estas propuestas abogan por esfuerzos teórico – conceptuales orientados a la construcción – asunción apriorista de procedimientos lógicos de actuación profesional formalizada, esto es, métodos propios del Trabajo Social: Inicialmente en clave de fundamentarlos epistemológicamente (caso, grupo y

comunidad), posteriormente para integrarlos en un método unificado denominado “método único de intervención profesional”.

Otros esfuerzos avanzan bajo coordenadas histórico-sociales y culturales particulares y, tradiciones intelectuales del marxismo para una crítica ontológica de lo que consideran un metodologismo aséptico y positivista en tanto que disposición instrumental que segmenta la realidad (sus causas y manifestaciones: cuestión social estructural y expresiones sintomáticas coyunturales) y escinde la relación teoría – práctica en función de la reproducción del *statu quo*. En su lugar proponen la anteposición de categorías conceptuales para el análisis ontológico de la totalidad, historicidad y contradicción social, y la construcción emergente de referencias estratégicas teleológicamente orientadas a la supresión - superación del capitalismo.

Uno y otro caso reivindica para sí el ejercicio de la capacidad crítica con base en la cual se acusan mutuamente de metodologismo propio de una racionalidad técnico - instrumental o de sobreideologización militantista y carente de autocrítica. Se observa pues, una tendencia dicotómica entre la dimensión actuante (cognitivamente orientada) y la dimensión crítico – analítica, pese a lo cual cada una de estas tendencias reconoce explícitamente la importancia de reflexionar sobre el saber – hacer del Trabajo Social tanto en sus formas de actuar, como en sus referencias de acción.

Empero, en razón de las matrices epistémicas en las que se sitúan estas discusiones sus planteamientos son aún genéricos, de modo que pasan por alto aspectos particulares de la configuración disciplinar atinentes a su correlación con el contexto social, económico, político, cultural concreto en el que tiene lugar la práctica profesional; dicho de otro modo, pese a que la refiere, abstraen la dimensión ontológica constituyente del Trabajo Social.

2. Naturaleza ontológica del Trabajo Social: Aperturas para el sentipensar ético.

La historicidad y su objetivación discursiva constituyen la dimensión ontológica del objeto de conocimiento y de acción en torno al cual se co-(de)construye dinámicamente el Trabajo Social y sus (re)semantizaciones como un saber – hacer particular que surge y vuelve a la realidad concreta de la que emerge y en la que se multi-inserta. Es así como el devenir material – simbólico del ser humano en el tiempo constituye la espacialidad móvil y compleja que asume (siempre a modo de tránsito) determinadas formas territoriales, ecológicas, sociales, políticas, culturales e ideológicas intersubjetivamente construidas y representadas como realidad social; se trata pues de una comprensión ontológica que afirma la realidad social como una multiplicidad contingente – diferenciada en cuyo seno toma lugar el Trabajo Social como una formación disciplinar en el campo de las ciencias sociales.

Las consideraciones generales anteriormente planteadas bien merecen ser acotadas en razón de situar epistemológicamente el problema del conocimiento y la acción del Trabajo Social en el concierto de las ciencias sociales, lo cual supone reconocer que:

- En términos generales, el conocimiento científico se ha tornado en una cuestión problémica y objeto de estudio de la epistemología como rama de la filosofía que aborda los problemas filosóficos de la teoría del conocimiento en el campo de las ciencias, interrogando reflexivamente a la investigación científica en cuanto al origen o fundamento de su saber, sus modos de producción (fuentes y rutas metodológicas), la definición y tipos saber que produce, sus condiciones de posibilidad, límites y sus criterios de validez (en cuanto a la verdad), así como la relación entre el objeto y el sujeto de conocimiento, entre otros aspectos.
- Las ciencias como campos disciplinares de producción de conocimiento y actuación profesional en diversas áreas son un resultante polimorfo de la racionalidad, de los estatutos socioculturales, políticos y epistemológicos (regímenes de producción de verdad) de la modernidad.

Por dichas razones, cabe afirmar que al analizar el conocimiento científico, la epistemología se despliega como una metateoría crítica y autocrítica sobre uno de los principales productos de la modernidad: las ciencias. Consecuentemente, la epistemología da cuenta historizada de las discusiones filosóficas modernas y postmodernas en torno al lugar del conocimiento científico en la constitución de la realidad social, la formación de sus sujetos, las axiomáticas de las ciencias, las características particulares de los contextos, los modos de producción del saber, y del saber mismo y sus supuestos; para establecer criterios de validez – pertinencia del conocimiento científico.

En el caso particular de las ciencias sociales, se observa que la fundamentación de sus paradigmas epistemológicos (Kuhn, 1975) se remonta a grandes doctrinas filosóficas (tales como el materialismo, el realismo, el idealismo, el empirismo, el racionalismo y el positivismo) así como a otras escuelas filosóficas (la fenomenología, la filosofía del lenguaje y el positivismo lógico) en su pretensión consolidarse como ciencias explicativas o interpretativas (Briones, 2002). Al plantearse como ciencias explicativas en procura de obtener “El” reconocimiento de su estatuto científico, las ciencias sociales en cabeza de Comte (Positivismo), Marx (método dialéctico de legalidad histórica), Durkheim (abordaje de los hechos sociales como cosas), Bachelard (racionalismo) y Popper (racionalismo crítico) y sus diferentes variaciones asumen la propuesta de utilizar el modelo de las ciencias naturales para explicar la legalidad – causalidad de los hechos que estudian. Por otra parte, al ser planteadas en clave comprensivo - interpretativa, las ciencias sociales procuran diferenciarse de las ciencias naturales en razón de que la particularidad de su objeto de estudio (lo social) demanda de principios y métodos específicos; en esta línea se encuentran los planteamientos de Dilthey (las ciencias del espíritu), Rickert (Ciencia cultural), Weber (Sociología comprensiva), Schutz (Fenomenología), Goldman (Filosofía de las ciencias

humanas), Gadamer (el círculo hermenéutico); Giddens (nuevas reglas del método sociológico) y Geertz (la interpretación de las culturas), entre otros.

A través de este recorrido se observa un devenir no lineal y conflictivo en las discusiones asumidas entre diversas epistemes desde el nacimiento (metafísicos contra positivistas y subjetivistas), la consolidación (disputa entre positivistas, neopositivistas, hermeneutas, historicistas, fenomenólogos, teóricos críticos), institucionalización y reconfiguración de las ciencias sociales: Pasando de la metafísica a la explicación racional de la realidad social animada por el positivismo y el subjetivismo (Descartes, Hume, Locke, Kant, Spinoza, Hegel); de la explicación naturalizada – normalizadora de lo social (Spencer, Durkheim) a su explicación sociohistorizada y desestabilizadora por vía de aperturas críticas (los maestros de la sospecha: Marx, Freud y Nietzsche); de su determinación histórica a su comprensión (Weber), de su comprensión al análisis de las estructuras lógicas de la ciencia (Neopositivismo, también conocido como empirismo lógico o positivismo lógico). Se trata pues, de un proceso pendulante de cuatro siglos y medio, en la pugna por la construcción de las ciencias sociales en un contexto histórico eurocéntrico marcado por las lógicas del capitalismo y de la modernidad, donde emergen paradigmas teóricos - metodológicos y epistemológicos, así como cuestionamientos a sus métodos (Feyerabend) y rupturas epistemológicas recientes (posteriores a 1950) en cuyo seno se afirman los perfiles de un paradigma emergente (Wallerstein, 2006).

Es en este marco donde puede afirmarse que Trabajo Social latinoamericano, en tanto que saber – hacer, no es un Universal abstracto y sincrónico, sino un amplio conjunto de comprensiones y prácticas (espaciotemporalmente dispersas) tributarias de la definición inherentemente inconclusa e imprecisa de su especificidad en el marco de realidades históricas y culturales concretas signadas por la impronta de la modernidad como correlato cultural y patrón civilizador eurocéntrico. De ahí que en la cuestión sobre la identidad profesional del trabajo social sea un lugar común a lo largo de su historia; es así como existen diversos planteamientos para comprender polisémicamente la especificidad y particularidades del Trabajo Social de acuerdo con diferentes criterios, entre otros:

- La historia como secuencia diacrónica evolutiva de carácter lineal que afirma la progresividad etapizada de la formación – profesionalización – disciplinarización del Trabajo Social; asistencia social, Servicio Social y Trabajo Social (Kisnerman, 1998)
- La relación con el conocimiento científico: acientífico, precientífico y científico (Lima, 1989).
- El lugar de su conocimiento: Trabajo Social como un arte, un saber empírico pragmático (en clave filantrópico - utilitarista), técnico –metodologista (burocrático - acrítico), (sobre)ideologizado políticamente o como disciplina crítica y científica anclada a determinados paradigmas epistemológicos.
- La orientación de sus procesos de cambio: Reformista, transformador (Freire).

- La clasificación de sus sectores/instituciones de intervención, niveles - métodos (Caso, familia, grupo, comunidad), roles, funciones, modelos de interacción con grupos poblacionales frente a situaciones socialmente problemáticas (Ander – Egg).

De este modo, la semantización particular a través de la cual se define efímeramente la especificidad del Trabajo Social latinoamericano es una derivación de su naturaleza ontológica tramitada por vía de apropiaciones de matrices epistémicas y político - culturales eurocéntricas que dan lugar a la emergencia de determinadas formas y características de un campo disciplinar – profesional en un momento histórico particular; con lo que se ratifica que estas son el resultado acumulativo y discontinuo de interpretaciones paradigmáticas de una profesión que sigue construyéndose bajo los imperativos epistémico, político-económicos de una sociedad moderna, esto es *capitalista y colonializada*, sujeta al cambio.

En síntesis, la naturaleza ontológica del Trabajo Social remite permanentemente al campo de la reflexión epistémica. Se trata pues, de un asunto pocas veces reconocido explícitamente: La reflexión epistemológica del saber - hacer del Trabajo Social latinoamericano y sus capacidades de aportar a la transformación social es una derivación de un imperativo de recontextualización constante para afrontar, bajo determinadas geopolíticas del conocimiento (Walsh, 2005), las mutaciones de la cuestión social y sus particularidades en países ubicados en la periferia del moderno sistema - mundo capitalista (Wallerstein).

Aun así, es preciso advertir que cuando se habla aquí de la dimensión ontológica, no pretende restablecerse la primacía del ser, ni dar lugar a la “comprensión del ser con la plenitud de la existencia concreta” tal como lo hiciera Heidegger; pues ésta bien puede derivar en un reduccionismo en el que un modo específico del ser que delimita e instaura totalitariamente una renovada lógica y práctica del poder homogenizante de lo Uno, lo mismo (en este caso relativamente particularizado y fijado en la identidad local soberana) sobre los otros a quienes niega su diferencia. De la mano de Levinas, la epistemología (el saber) y la ontología (el ser) se subordinan a la ética, esto es, al reconocimiento heterónomo de la presencia del otro (como posibilidad infinita y creativa) y de nuestra responsabilidad por él. Se trata pues de:

“La afirmación de la dignidad absoluta de la persona, y, desde la experiencia de la “infinitud” del otro, descubierta en el cara-a-cara con el rostro del otro, la urgencia de responder a su demanda de ser respetados sus derechos, que para Levinas siempre pasan por delante de los míos propios (“curvatura del espacio ético”) (Beorlegui, 1997: 249).

La dimensión ontológica aquí referida alude entonces a la historicidad particular del ser como condición existencial, es decir al devenir particular del ser humano en el tiempo y sus objetivaciones cognitivas y pragmáticas en el campo de las

prácticas sociales cotidianas situadas discusivamente en múltiples ámbitos relacionales, sean estos laborales, vecinales, comunitarios, institucionales, de relaciones de pares, etcétera. Por consiguiente, en contravía de lo planteado por Montaña (2000), quien retoma a Luckacs, la historicidad excede al trabajo como categoría fundante y sobredeterminante del ser social y de la praxis (cualquiera que esta sea), con lo que no se acepta la unidimensionalización, pues:

“la historicidad plantea que la realidad es un concepto de espacios de posibilidades que dan sentido a la capacidad de construcción de la práctica humana. Lo que concuerda con un concepto des-ontologizado de esta, en la medida en que deviene en lo que hacemos con otros; o lo que otros hacen, pero en una simultaneidad de direcciones, así como de tiempos y espacios”. (Zemelman, 2012: 41).

La historicidad es entonces el ámbito dinámico de sentido en el que se despliegan las interacciones sociales y las prácticas del sujeto frente a sus necesidades existenciales en un marco circunstancial, de modo que más allá de las relaciones deterministas de causa y efecto, ésta se constituye por una dialéctica abierta de determinaciones (circunstancias derivadas de la lógica del orden) e indeterminaciones que abren paso al reconocimiento de posibilidades y potencias para trascender los límites de lo dado, en razón de la presencia del sujeto histórico e historizado.

En tal sentido, vale afirmar que el trabajo social está inserto y muta necesariamente de manera contingente en correspondencia con una determinada interpretación atribuida *al* -y vinculada *con*- el ámbito relacional particular en el que se desarrolla su acción profesional. No obstante, la construcción situada del saber es insuficiente, sino se encuentra antecedida por una perspectiva ética genuinamente interesada en el acogimiento de la alteridad, dado que “el prójimo me concierne antes de toda asunción, antes de todo compromiso consentido o rechazado. Estoy unido a él” (Levinas, 1987: 148).

Bajo esta perspectiva y de la mano de Dussel puede afirmarse que la eliminación del otro es el producto histórico de prácticas totalizantes fundadas en referentes filosóficos que, negando lo afirmativo del ser otro, impusieron en América Latina una ontología europea imperial. A contrapelo, es preciso reconocer que América Latina se ubica históricamente en una posición de exterioridad (el Sur metafórico) con referencia a la totalidad hegemónica del proyecto eurocéntrico de modernidad, de modo que “somos la otra cara de la modernidad”:

“En efecto, la modernidad nace en realidad en 1492 con la "centralidad" de Europa (el "eurocentrismo" se origina al poder Europa envolver al mundo árabe, que había sido el centro del orbe conocido hasta el siglo XV). El "Yo", que se inicia como el "Yo conquisto" de Cortés o Pizarro, que antecede prácticamente al ego cogito cartesiano por un siglo, produce el genocidio del indio, la esclavitud del africano, las guerras coloniales del Asia. La mayoría de la humanidad presente (el "Sur"), es

la "otra cara" de la modernidad (ni es pre-, ni anti-, ni postmodernidad, ni puede realizarla como pretende Habermas)" (Dussel, 1993: 34 - 35).

La otra cara de la modernidad como discurso situado en la experiencia concreta del ser otro, permite identificar en la historia la dimensión geopolítica del saber y su expansión epistemicida (De Sousa Santos, 2009) en términos de colonialidad del poder, la cual, como sostiene Catherine Walsh, opera con base en una jerarquización de categorías de identidad étnica y racial "pasando al campo del saber, no solo descartando la intelectualidad indígena y afro, sino también fijando el eurocentrismo como única perspectiva de conocimiento" (2005: 42). Sus legados coloniales se extienden hasta nuestros días, puesto que "Estamos frente a una concepción única, globalizada y universal del mundo, gobernada por la primacía total del mercado y de la cosmovisión neoliberal y como parte de ella, por un orden político, económico y social, un orden *también del conocimiento*" (Walsh, Op. Cit: 41). ¿De qué modo ha participado y participa el Trabajo Social en el orden del conocimiento definido por la colonialidad del poder?.

3. Por la invención de un Trabajo Social situado, anticapitalista y decolonial.

La decolonización nos indica que es preciso destotalizar el discurso sobre el Otro, debido a que:

"... en realidad no somos "lo otro que la razón", sino que pretendemos expresar válidamente "la razón del Otro", del indio genocidamente asesinado, del esclavo africano reducido a mercancía, de la mujer objeto sexual, del niño dominado pedagógicamente (sujeto "bancario", como lo define Paulo Freire). Pretendemos ser la expresión de la "Razón" del que se sitúa más allá de la "Razón" eurocéntrica, machista, pedagógicamente dominadora, culturalmente manipuladora, religiosamente fetichista. Intentamos una filosofía de la liberación del Otro (21), del que está más allá del horizonte del mundo hegemónico económico-político (del fratricidio), de la comunidad de comunicación real eurocéntrica (del filicidio), de la eroticidad fálica y castrante de la mujer (del uxoricidio), y, no por último, del sujeto que tiene a la naturaleza como mediación explotable en la valorización del valor del capital (del ecocidio)" (Dussel, op. Cit: 35).

¿Cómo posibilitar la emergencia de la alteridad? Este proceso político – epistemológico se funda en un retorno a lo cotidiano en perspectiva de articular filosofía y política, es decir, pensamiento y acción, para avanzar hacia una visibilización no sustancializadora de los saberes que constituyen la alteridad de quienes habitan en el Sur como sujetos históricos e historizados. Con Bonaventura de Souza Santos, el Sur es concebido como tropos metafórico "del sufrimiento humano sistemáticamente causado por el colonialismo y el capitalismo" (De Sousa Santos, 2009: 12). El Sur, es entonces el lugar metafórico desde el cual se sitúa-n el-los discurso-s de quienes han sido silenciados históricamente por prácticas imperiales y coloniales y su establecimiento de una división internacional del trabajo operada, a partir de la raza como categoría

clasificatoria, en función de la reproducción de la estructura de control trazada por el capitalismo colonial – moderno.

A contrapelo de lo anterior, posibilitar la emergencia de la alteridad se funda en dialogar con, desde y para el Sur; partiendo de considerar con De Souza Santos que: 1) no habrá justicia social global sin justicia cognitiva global, 2) el capitalismo y el colonialismo continúan vigentes como realidades sociales opresoras y, 3) se “requieren prácticas de conocimiento que permitan intensificar la voluntad de transformación social” (De Sousa Santos, Op. Cit.: 13). Para ello se hace necesaria la realización de una tarea doble: encuentros dialógicos genuinos para la visibilización - recuperación revalorizada de los saberes marginalizados - subalternos y, la co-construcción regionalizada de condiciones de validez epistemológica (una epistemología otra), como soportes fundadores – potenciadores de prácticas sociales de resistencia y transformación.

Esto supone ubicarse y recorrer dinámicamente una tensión emergente en la relación teoría – práctica del trabajo social, pues se hace necesaria la suspensión de los marcos categoriales y de las orientaciones cognitivas que comportan (sean estas teórico – conceptuales, político – ideológicas, creencias o adscritas a sistemas ideacionales), en tanto que estos constituyen apriorismos que prefiguran (técnico – instrumental y teleológicamente) la acción profesional y en tal calidad, pueden reproducir la invisibilización – silenciamiento de los sujetos otros, sus prácticas y sus realidades locales concretas, en virtud de lo que se anuncian implicaciones ético – políticas que bien merecen ser reflexionadas críticamente. Una postura que avanza en contravía de lo anterior, se afirma en el reconocimiento de la dimensión ontológica de las realidades sociales y de las posibilidades de co-construcción – invención que se despliegan a través del encuentro dialógico y de reflexividad crítica como espacialidad co-creadora, instituyente, en la que la acción profesional deviene en *acontecimiento ético*, es decir:

- Un encuentro de acogimiento y hospitalidad, en cuyo seno tiene lugar una urdimbre alterativo - creativa de narraciones y sentidos, fundada en una comprensión ética de responsabilidad heterónoma por la alteridad radical e irreductible (Mélich y Bárcena, 2000), por cuanto “un acontecimiento no es sólo una incidencia, algo que sucede, sino un componente narrativo” (Ricoeur, 2000: 192), cuyo significado se pone en circulación a través del relato que, a su vez, comporta una dimensión ética que le es consustancial debido a que “no hay relato éticamente neutro” (Ricoeur, 1996: 109);
- Aquello que, instalado en un plano de inmanencia “da a ver lo que una época tiene de intolerable, pero también hace emerger nuevas posibilidades de vida... (inaugurando una) nueva distribución de posibles y de los deseos (que) abre a su vez un proceso de experimentación y de creación” (Lazzarato, 2006: 36), con lo que potencia una nueva composición de fuerzas y el devenir discontinuo de multiplicidades.

Al prescindir de referencias conceptuales que predefinan las estratificaciones de la realidad social y de la acción profesional en ella, se brinda una apertura para

conocer en contexto histórico-social, esto es, “inventar” interaccionalmente categorías a escala local, donde estas son llenadas de sentido por la reflexividad sobre la historicidad de las relaciones y de las condiciones materiales de existencia que las hacen posibles, de modo que éstas antes que constructos conceptuales se afirman como una construcción social singular definida en función de sus usos sociales. Aquí la dimensión metodológico – operativa del Trabajo Social resulta ser una contingencia culturalmente negociada entre el contexto de los sujetos de la experiencia y el acervo de saber disciplinar – profesional. Como puede observarse, el “abandono” de preconcepciones no significa la renuncia al saber profesional – disciplinar, sino su subsunción primaria a las categorías del contexto (el sentido existencial) como potencia para la constitución de referencias de acción, estrategias y dispositivos operacionales expresivos de formas – modalidades de actuación profesional recíprocamente emancipadora.

Con esto, la producción dialógica de saberes deviene potencialmente en la proliferación de alteridades con capacidad de sentipensar problemáticamente y dialogar con experiencias y circunstancias propias y ajenas. El “sujeto” emergente, por el que apuesta aquí, es un sujeto con capacidad utópica, esto es, la recuperación de la “...esperanza en su función forjadora de la subjetividad”. Sujeto que “aunque no sea teórico, ni ideológico, ni nunca sea un hombre que transforme nada... (es) forma de conciencia, no de verdad. La conciencia es más compleja que la verdad, porque no está condicionada a los paradigmas de lo verdadero o falso” (Zemelman, 2005: 30). Conciencia que cumple la función de permitir comprender lo que estamos viviendo, convirtiendo la duda, el límite o el bloqueo en nuevas posibilidades históricas de construcción otra, con lo cual la alteridad muestra su radicalidad ontológica.

Un punto de apoyo en la emergencia de alteridad es el abordaje comprensivo de las construcciones discursivas en las que el yo del otro, se auto-enuncia constitutivamente como ejercicio representacional de un sí mismo contextualizado histórica, social, cultural, económica, ecológica y políticamente. Este tipo de construcción discursiva se entiende aquí como texto narrativo o narrativa, que no es otra cosa que el tiempo humano hecho narración, esto es, una trama de inteligibilidad en la que se hace posible el relato en el que el sujeto se constituye.

En este contexto la narrativa es un modelo de aprehensión comprensiva del ser en el mundo, es pues el texto narrativo del otro que es, a su vez, el otro en sí mismo: “Las propias culturas se han configurado y expresado por medio de narrativas que, al tiempo, han servido para dar una identidad a sus miembros” (Bolívar, 2001), por consiguiente es posible afirmar que “construimos la existencia dentro de una estructura narrativa”, esto es, en modos altamente estructurados y formalizados de transmisión de información para producir, presentar y contextualizar experiencias y conocimientos, de lo cual se desprende comprender la narrativa como: A) forma básica de pensamiento y producción de sentido, B) de organización de la experiencia y de las realidades sociales y, C) guía para la interpretación (de las narrativas propias y ajenas) y acción social. Por ello las narraciones pueden ser entendidas como “artefactos culturales (simbólicos) de primera magnitud” (Melich,

2012: 38). Aún más, a decir de Walter Benjamin, las narraciones son el lenguaje de la experiencia, lo cual pone de manifiesto la relación entre pasado y futuro, esto es entre historia – memoria y política.

A modo de conclusión.

Asumir la historicidad en los términos aquí propuestos, permite comprenderla como dimensión ontológica abierta –móvil y ámbito de sentido en cuyo seno se afirma que no hay nada totalmente definitivo en el ser humano y que aún está abierta la posibilidad para transgredir el absolutismo de la realidad desencantada en la que se ubica e inserta multimodalmente el Trabajo Social.

Más específicamente, tal reconocimiento de la historicidad como singularidad determinada - indeterminada, abre paso a situar críticamente al Trabajo Social en el sur, en otras palabras ante la dimensión geopolítica del saber y su expansión epistemicida como correlatos de la estructura de control trazada por el capitalismo colonial – moderno. Tal posicionamiento, pone de relieve la pertinencia de hacer una apuesta por un proyecto ético, político – epistemológico: La invención de un Trabajo social situado, anticapitalista y decolonial, desde el cual se hace una invitación deconstructora por vía de las hermenéuticas críticas situadas para dar lugar a la emergencia y afirmación de su subjetividad y de las alteridades como posibilidad de imbricarse *en* el dialogo – conflictividad *con* la intertextualidad, esto es, en el cruce de múltiples discursos y narraciones (polifonía y plurivocidad) mediatizadoras, posicionales y constituyentes de la(s) alteridad(es) expresadas en el yo otro en movimiento, como subjetividad histórica e historizada.

En el centro de esta cuestión, se procura la visibilización - construcción de epistemes otras y racionalidades utópicas que facultan el hacer resistente, transformador y esperanzado de cara a sus retos y tendencias en la actualidad. Esto implica situar doblemente al trabajo social: en su interioridad profesional – disciplinar y en el contexto históricosocial y cultural al cual procura responder. Así, este trabajo aboga por una visibilización y ruptura epistémica de silenciamientos del sujeto otro existente de manera subordinada en las realidades sociales en y con las que interactúa el trabajo social, a fin de promover la agencia constructora de categorías de pensamiento propio con su correlato de actuación situada que le permita devenir pertinente sociopolíticamente en el ámbito de la cultura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

BOLÍVAR, Antonio; Domingo, J. y Fernández M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación. Enfoque y metodología*. La Muralla. Madrid.

BEORLEGI, Carlos. (1997). La incidencia de Levinas en la filosofía de la liberación de J.C Scannone y E. Dussel (1ra parte). En: *Revista Realidad No. 57, Mayo – Junio 1997*. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. El Salvador.

DE SOUSA SANTOS, Boaventura. (2009). Una epistemología desde el sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social. CLACSO, Siglo XXI editores. México.

DUSSEL, Enrique. (1993). *Apel, Ricoeur, Rorty y la filosofía de la liberación*. Universidad de Guadalajara, México.

KISNERMAN, Natalio. (1998). *Pensar el Trabajo Social, una introducción desde el constructivismo*. Humanitas, Buenos Aires.

LAZZARATO, Maurizio. (2006). *Por una política menor*. Traficantes de sueños.

LEVINAS, Emanuel. (1987). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Sígueme, Salamanca.

LIMA, Boris. (1989), *Contribución a la epistemología del Trabajo Social*. Editorial Humanitas Buenos Aires.

MELICH, Joan-Carles; BÁRCENA, Fernando. (2000). *La educación como acontecimiento ético: natalidad, narración y hospitalidad*. Paidós Ibérica S.A. Barcelona.

MELICH, Joan-Carles. (2012). *Filosofía de la finitud*. Herder editorial SL, Barcelona.

MONTAÑO, Carlos. El Debate Metodológico de los 80/90. El enfoque ontológico vs el abordaje epistemológico. En: Borgianni, Elisabete y MONTAÑO, Carlos (Comp.). (2000). *Metodología y servicio social: hoy en debate*. Cortez Editora. Sao Pablo, Brazil.

RICOEUR, Paul. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI editores. México.

RICOEUR, Paul. (1996). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. En: *Anàlisi* 25, pp. 189 – 207.

ZEMELMAN, Hugo. (2005). *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. Anthropos Editorial; México: Centro de Investigaciones Humanísticas. Univ. Autónoma de Chiapas.

ZEMELMAN, Hugo. (2012). *Pensar y poder. Razonar y gramática del pensar histórico*. Siglo XXI editores C.A de C.V. Universidad de Ciencias y artes de Chiapas. México.

WALSH, Catherine. (2005). Interculturalidad, conocimientos y decolonialidad. En: *Perspectivas y convergencias. Signo y pensamiento 46*, volumen XXIV.